

[^E LET ^T RAS ^E]

- 4 -

CONTENIDO // // //

Prólogo

Nosotros /

04

Andrés Vélez Cuervo

PARTE 1

Baruch González, una
introducción / 13

Las puertas de la casa
de Baruch González
van a ninguna parte / 17

Las tercas criaturas
de Dios / 21

PARTE 2

La llovizna se
desgaja lenta / 33

Lulabí / 41

La hoja de papel / 47

Nosotros, los otros / 53



NOSOTROS

Nadie puede escapar a ser múltiple; en la casa que constituye nuestro ser habitan, en armonía o en conflicto, variadas manifestaciones de nosotros mismos. Somos poliedros que se adaptan a las circunstancias del tiempo, del espacio y de la interacción con los otros. Y aunque nos digamos “únicos”, para reconocernos, para no perdernos, hemos sido muchos, somos otros tantos y seremos montones.

>

Esta condición es especialmente aguda para el escritor, quien no solo lidia con sus inquilinos personales, sino que además crea otros seres y, para hacer que vivan, debe habitarlos, darse a ellos y en ellos convertirse.

En la casa personal de Óscar Humberto Mejía proliferan las criaturas, que se asoman por cada resquicio para dejarse ver; se multiplican y se transforman dentro de la eficaz brevedad de los relatos en los que habitan. Crean con su existencia un juego que recuerda aquel infantil tiempo perdido en que observábamos fascinados las cambiantes formas de las nubes.

Cada relato de esta colección apunta de alguna manera a esa multiplicidad. Primero en el otro, con la protectora distancia del heterónimo. Desde la introducción conocemos la múltiple esencia de Baruch González repartido en suspicaces baruches por cada rincón de una casa cuyas puertas dicen “no ir a ninguna parte”, pero que en realidad van a dar a los recovecos del tiempo y la memoria. En cada umbral designado al azar, una forma de destino para cada Baruch. En “Las tercas criaturas de Dios”, el Sr. González (médico, pensador, hombre de letras) vive uno de esos destinos: el del (re)encuentro con el tigre; poderosa criatura totémica que hechiza desde hace mucho (quizá desde siempre) la imaginación de Óscar Mejía, de Baruch González, del escritor, de los escritores, de los creadores.

La multiplicidad también habita en la memoria más personal; así, en “La llovizna se desgaja lenta”, la idea de la muerte del padre, muy presente en la obra de Mejía, adquiere papel de detonante e hito de memoria que sirve para reconocer el origen, porque recordar es actualizar el

mito de la existencia a través del ritual de volver la vista para dar momentánea vida a quienes fuimos. En esa misma línea, “Lulabi” vuelve a aquellas memorias que, aunque menores en su acción, son profundas y esenciales: las de la infancia. Mejía retorna a un episodio simbólico de abandono de la niñez, un momento de cambio para el que antes tiene que llevar la vista aún más lejos en su historia y regresar al abrazo del seno materno, al tiempo del yo esencial. Para saltar hay que tomar impulso; volvemos a quienes fuimos para transformarnos en quienes seremos.

La colección cierra con dos relatos dedicados a los juegos de la replicación y multiplicación en la escritura misma –Óscar Mejía entiende y vive las letras desde el juego y el disfrute–. En “La hoja de papel”, nos atrapa en los engranajes de una maquinaria fabulesca y mágica, llena de plasticidad y calidez, en la que la pluralidad es la de la creación de los mundos; aquellas puertas azarosas de la memoria de Baruch González son aquí universos que adquieren forma y ley en respuesta al azaroso acto de la creatividad del autor. Y en “Nosotros los otros” nos entrega a un desbordado sistema de encarnación poética en el que las historias se transforman ante nuestra vista, como se transforman las olas, como mutan las criaturas de las nubes.

Se podría pensar que un asunto como este sería abordado por el autor desde una visión atormentada. Nada más lejos de la realidad. Incluso en el caso de temas oscuros como la muerte, lo que encontramos en sus relatos es una mirada vital y alegre, siempre estimulada por la imaginación asociativa, constantemente extasiada y fascinada; como la del viajero, como la del niño. Mejía goza con su propia mirada, con sus creaciones y con sus

palabras, que se sienten saboreadas como un postre. Esto, junto a su gran poder de evocación visual, que nos permite vivir intensamente dentro de sus mundos (leer activamente y ser otro habitante más de su casa), hace que su lectura sea envolvente, divertida, placentera y muy estimulante.

Pero este libro no es solo una entretenida lectura, es también un original juego de aquellos que los amantes de la narrativa siempre buscamos en las colecciones de cuentos. Además, permite conocer la voz auténtica, rica y compleja de un escritor sobresaliente y prometedor. Este es uno de esos libros que con el tiempo se convierten en pequeñas joyas de aquel otro universo múltiple que es la biblioteca personal.

ANDRÉS ///
/// VÉLEZ CUERVO

BOGOTÁ.
19 DE FEBRERO DE 2018





ILUSTRACIONES

Pablo Villafrade



PARTE 1

Óscar Humberto Mejía Blanco

Óscar Humberto Mejía Blanco (Bucaramanga, 1985). Escritor y profesor universitario. Licenciado en Español y Literatura de la Universidad Industrial de Santander - UIS y Magíster en Literatura de la Universidad de los Andes, Bogotá. Fue uno de los ganadores del “IV Concurso Nacional de Cuento Colombia Cuenta”, organizado por RCN y el Ministerio de Educación Nacional de Colombia. Algunos de sus cuentos han sido publicados en las antologías *Líneas de sombra* (2010), *Suenan Voces* (2010) y *Ruidos en el techo* (2012), así como en la Revista S (Colombia), la Revista Santander (Colombia), Contrapunto (España) y Buensalvaje (Colombia). En 2014 fue ganador del Concurso de Piezas Literarias del Ministerio de Cultura en la categoría “Mejor Cuento Director de Taller”. Hoy se desempeña como profesor de Literatura en la UIS y dirige el taller de escritura creativa de la red Relata, Relata-UIS.

BARUCH GONZÁLEZ,

UNA

INTRODUCCIÓN



Baruch González habita la misma casa con muchos baruchs. Del primero al último se hacen llamar así y se han repartido los espacios según el carácter de cada uno. Debo aclarar que la división de la casa es proporcional, con el detalle de que cada uno ha asumido allí una tarea diferente.

En esos lugares fijados por acuerdo vive cada uno de los baruch.

>

Se imaginan el uno al otro, desarrollando la triste vida en órdenes aleatorios o concatenados.

16/17 Lo cierto es que por las noches se les escucha gritarse de un aposento a otro: “¡la cena ya está lista!”; u otro desde el baño: “¡la cañería ya funciona!”; u otro desde el patio: ¡”la maya anti-insectos ha sido reparada!”. Creo que se sospechan el uno al otro y nunca se han visto. Y puedo dar fe de ello, yo que soy uno de los que vive en esta casa, en el estudio de arriba con acceso a la computadora estacionaria.

Enviar.

LAS PUERTAS DE
LA CASA DE BARUCH
GONZÁLEZ VAN
A NINGUNA PARTE



Las puertas en casa de los baruchs son de trasfondo portalístico interdimensional. Es decir, van a ninguna parte. Si al baño entra, un Baruch avergonzando sale a la fiesta de sus siete años, tiempo en que Pilar le rompió el corazón coqueteando con el niño Chello, días en que era el más bajo de la clase y tenía ese sueño recurrente en el que llega a la escuela desnudo y cagado. En cambio, el Baruch que entra a la cocina inmediatamente siente

cómo le crecen plumas por todo el cuerpo, y en lugar de decir cosas coherentes, empieza a cacarevociferar y a articular cosas muy gallinezcas y a estornudar plumas.

Este Baruch deviene en la pesadilla de los demás, porque los otros baruchs detestan a las aves y sufren espantosamente cuando las miran en sus ojos de vacío estúpido. Así pues, el Baruch emplumado es el más solitario de la casa.

Por su parte, el Baruch que frecuenta el paso por la puerta del jardín es el más afortunado de todos: cuando cruza el umbral da con los baruchs de hace veinte siglos. Los ve flotando siempre en un riachuelo negro, de agua limpia (no se engañe), y lo sabe porque no huele mal. Y habla con ellos y les pregunta sobre los secretos del otro mundo y las tinieblas de la otra vida. Los baruchs de las centurias le responden en una lengua confusa, y este Baruch de repente es feliz, porque sabe que su otro yo está convertido en ave y asustado, y él nada más tiene que fingirse charlador con un ventiamén de sombras y espectros. Pero ay donde nombre la palabra pluma, ave o cacareé...

Y en la calle, donde la vida se desarrolla a tropezones, nadie conoce a los habitantes de esta casa, ni siquiera un sonidito, un estornudo o advertencia.

LAS TERCAS

CRIATURAS DE DIOS



Es una pena, señores. Sí, a todos nos sorprendió la noticia. Fíjese que desde mi patio se ve la ventana de su habitación, sí, esa, la del tercer piso. A mí me gustaba verlo desde aquí, sentado en su escritorio, rodeado de manuales y recetas, enredándose el pelo con las manos como el que piensa mucho, leyendo esas cosas que por aquí nadie entiende. Sí, señores, eso fue lo primero que preguntó el otro policía, que de día qué hacía don

Baruch, y yo le dije que imaginaba que nada, que qué iba a hacer un hombre que se pasaba las noches desvelado, metido en los asuntos de los libros; pues nada, de día nada. De noche siempre estaba ahí en su habitación, de día todas las ventanas estaban cubiertas por las cortinas. Si acaso, a eso de las diez, venía y me dejaba dinero y las llaves de su apartamento para que le hiciera las compras y se las dejara en la cocina. Pero a su habitación yo no entré, no señores. Y ahora ustedes con esta preguntadera.

¿Que si sabía lo del animal? No. Eso debió de haber sido un espanto, ¿qué iba a hacer un animal de esos encerrado allí, en un tercer piso? A ustedes los alejados de Dios siempre les pasan esas cosas; Diosito les manda de castigo a los espíritus y apariciones para que cojan juicio y se dejen de preguntar tanto. No es un insulto ni más faltaba: pero creo que ustedes estaban también allí, y yo no quise entrar a la alcoba por respeto a don Baruch; pero ustedes fueron los que salieron con el cuento ese del tigre. Yo simplemente bajé los tres pisos asustada y me encerré en mi casa. Y hoy ustedes regresan pregunte que pregunte, que don Baruch no aparece, que si yo sé algo, que dónde se metió. ¿Y yo qué voy a saber? Si desde hace semana y media, por las noches, la luz de su alcoba no se enciende, no ha vuelto a la carnicería ni ha abierto el consultorio... Dele y dele con lo del tigre... si no lo han podido sacar de la habitación es su problema; pero más vale que se lo saquen primero de la cabeza y del corazón, porque allí no hay nada. No, señores, yo allá no vuelvo. Me da una tristeza por don Baruch, que se lo ha tragado la mismita tierra.

Lo vi en un sueño. El animal estaba escondido entre arbustos. Me miró, alzó el cuello y mostró sus colmillos. Volvió a quedarse dormido, quieto. Era el animal más hermoso del

mundo. “Baruch, Baruch, sácame de aquí, Baruch”, me habló tapándose el hocico con las garras, y yo pensé que era una broma de la noche. Las rayas se le escurrieron del cuerpo y dejaron un charco negro que se movía como una gigantesca gota de mercurio. “Baruch, Baruch, pobre Baruch, el médico que no sabe curar a su gente”, me dijo otra vez, y la mancha empezó a moverse hacia mí, hasta la suela de mis zapatos. Me dolió el cuerpo hasta que me dormí dentro de ese sueño.

Sí, señores. Don Baruch González era el médico de la comuna. Los sábados atendía tempranito, en la cancha de fútbol. El resto de la semana abría el consultorio que está cerquita de aquí, a eso de las tres de la tarde, cuando la lluvia de las dos empezaba a calmar. Hace un tiempo anduvo muy triste, tan triste que ni lo veía encender la luz de su estudio por las noches. La señora Cecilia le había traído a su hijo menor, Polo, con unas fiebres y sudores que ni le cuento. Y don Baruch se lo recibió, lo examinó, pero se le pusieron los ojos duros y vidriosos de aguantarse las ganas de llorar. Le dijo a la Cecilia que no había nada que hacer, solo acostarlo, arroparlo y esperar la mala hora. Preguntó que por qué hasta ahora se lo llevaba, y la Ceci dijo que se había cansado de esperar en Urgencias del centro médico de la comuna, y don Baruch le respondió que a él solo le traían a la gente para los santos oleos y que él no era cura. Era un señor muy sensible don Baruch, eso sí, señores agentes. Él fue al funeral de Polo y todo. Y se lo juro: detrás de esas gafotas oscuras que llevaba puestas, estaba llorando, un poquito pero llorando. Es que debe de ser muy feo eso que uno haya nacido con el don de ver la muerte anidando dentro de las personas y no poder hacer nada. Sí, sí, claro. Y a los días se le vio bien de nuevo, con esas ojeras usuales, trabajoso en el consultorio. Incluso

hubo un sábado que llegó a la cancha a las siete de la mañana, y puso vacunas y dio remedios, y hasta tuvo una pelea con el carnicero, porque ya ni sal le ponía a las carnes y los niños andaban muy enfermos de los parásitos. Usted sabe que a uno de adulto el estómago ya no le hace mal, le duelen más bien los bolsillos vacíos al final de mes, pero a los pobres niños... pues ya les dije que yo no entré a la habitación de don Baruch, y si ustedes dicen que todo está roto y rasgado, pues yo les creo.

¿Un secuestro? No señores, quién se iba a llevar a don Baruch, si aquí todos lo querían. Tanto los de diestra como siniestra, ¿me entiende?, porque él curaba a todos. Y a ambos se los iba diciendo de entrada, para que luego no vinieran a reclamarle que por qué ayudó a estos y a aquellos no. Lo respetaban mucho, y a veces hasta se lo llevaban al monte, pero él siempre los atendía en justa causa y proporción. Si a mí hasta me contaron que una vez, allá donde vivía antes, hizo pasar a dos comandantes enemigos, los obligó a dejar las armas en el escritorio y los sentó uno juntico del otro, tomando café y diciéndoles que esperaran a que curara a otros pacientes que habían madrugado. Nunca le faltaron al respeto.

¿Que cuando don Baruch venía a visitarme de qué hablábamos? Pues de lo normal. Se quedaba conmigo cuando no tenía ganas de leer ni escribir. Y aquí yo le velaba el sueño. Decía cosas raras dormido. Hubo noches en las que murmuraba que quería irse lejos de este país, ni siquiera de la ciudad, del país, porque en todas las ciudades de por aquí había siempre una cancha de fútbol en la que trabajar los sábados y la pobreza tan encendida que ni los muertos se morían bien. Algunas veces había tenido que decirles a sus pacientes, después de muertos, que ya no



había cura, que no insistieran, que buscaran la luz del buen Dios y se fueran derechito caminando y cantando alabanzas para ver si los dejaban pasar más rápido al otro lado. “Más o menos durante las dos noches siguientes preguntaban sobre su salud. Ya luego no volvían”, me contaba apretándome las manos.

Y no, del tal tigre no decía nada. No, yo no era su mujer ni él mi hombre. Él venía y a veces se quedaba, nada más. No, señores agentes, no sean atrevidos, que la intimidad me la reservo; pero tigre no hubo ni en comentarios, ni en bromas.

En otro sueño se acercó. Lamía mi cara. Rasgó mis ropas; eso fue la semana en que murió Polo. Yo sentía que me arrastraba por un banco de arena caliente, él me levantaba del suelo y me golpeaba con las patas como si yo fuera una bola de mimbre: el primer mordisco me lo dio en el abdomen. Y luego puso una garra sobre mi pecho para sostenerse, me abrió el estómago y comió de mí. Yo lo miraba en los ojos; tenía unos ojos ciegos, mujer. Como los míos cuando no duermo, como los de Polo cuando ya nada se podía hacer. Y no sentí dolor. Sentía en mi sangre la conflagración de parásitos que provenían de la fiera: veía los recuerdos del animal, pero los observaba a través de sus ojos, y en su nacimiento estaba yo, escribiendo la novela sobre el tigre azul que quiero terminar, y en esa sala donde yo escribía, flotaba el sortilegio, el pacto, las luces tenues y el Diablo sentado a la máquina de escribir, moviendo mi mano. Me fui enfermando despacio; en el sueño, los lunares de mi piel se expandieron, se estiraron en líneas, y me creció un pelo dorado, oloroso a orina y a tierra mojada por la lluvia. Yo era el tigre. El otro me devoró y los pedazos de mi carne salpicaron mi boca y comí de mí. Cuando desperté me encontré repleto de manchas, con solo un brazo de hombre.

Con el brazo bueno te escribo, ahora cuando lo que más me aterriza son las moscas que se entran al estudio y giran y giran cerca; las espanto con este rabo larguísimo que se mueve a voluntad propia: lo persigo, doy giros tras él hasta que lo aprisiono, y lo piso y lo muerdo despacio hasta que me duele, y recuerdo que he devorado a Baruch la noche anterior. Dejo esta nota en la puerta del estudio. No le cuentes a nadie, porque te van a creer loca los buenos hijos de Dios. Corta los filetes bien delgados y déjalos a medio meter por debajo de la puerta, y no entres, porque ya estoy perdiendo la cordura. Te recuerdo borrosa, acostada a mi lado, brillando de sudor las caderas; pero ya no te deseo como hombre. En este momento quiero hincarte los colmillos en la grupa y comer día y noche, atragantándome. Cada vez recuerdo menos el amor; no sé quién soy... pero sí qué soy: el tigre del 316. Promete que no vas a entrar. Pero aliméntame.

No, señores. Yo no quiero entrar. Que se quejen todo lo que quieran. Parece que en ese edificio están locos. ¿Rugidos en un tercer piso? ¿El carnicero vio un tigre asomado por el ventanal? Yo de ustedes no les ponía atención. Don Baruch simplemente se fue, no debe ponerle tanto misterio a eso. Y ahora el cuento del tigre. No señores, si quieren tomen las llaves y suban ustedes. Hasta el momento yo he ido a regar las plantas, pero no he entrado en la habitación, y no he visto ni oído nada raro. Tómenlas. Que las tomen, suban y revuelquen todo. Pero eso sí, regresan y me cuentan cómo les fue con la diligencia; ustedes son muy tercicos, los alejados de Dios. Sí, espérenme nomás, es que no las encuentro. Yo las había dejado anoche en el tazón de la sala, espérenme aquí, no se muevan. Pero no se muevan. ¿Saben algo?, la matica de ají del doctor prendió anoche, yo la vi cómo salía el cartucho de la ramita

enclenque. Ya la otra semana la podré recoger para adobar la carne que le llevo. ¿Que qué dije? No... me han debido escuchar mal ustedes, quise decir la que le llevaba. Que me hubiera gustado recoger los retoños antes para adobar la carne que yo le lle-va-ba al doctor. Una sola en esta casa ya se acostumbró a pensar en voz alta, a decir esta cosa y la otra, sin fijarse bien. Esperen un poco más, señores agentes, es que no las encuentro. ¿Que mire qué? ¿Ya se les rayó la cabeza también? ¿Que me asome al patio para qué, que la fiera está saliéndose por la ventana? Háblenme más fuerte, que ahora estoy en la cocina buscando las llaves en la gaveta de los cuchillos, señores agentes, tercas criaturas de Dios... Voy.



PARTE 2

LA LLOVIZNA

SE DESGAJA LENTA



Un globo emerge desde el fondo de su estómago, que suena por el hambre y arde. Sube, sube... y estalla (en la detonación le llega un olor a aguardiente y pólvora). El hombre frunce el ceño. Mueve las manos para escaparse de esa telaraña, del recuerdo que lo ahoga. Aparece otro globo y otro más. Pierde la cuenta: las esferas se contraen y dilatan temblorosas, intercalándose. Repletas de un líquido espeso. Suben por la parte de



atrás de los párpados, para llevarlo al pasado. En el filo de las circunferencias adivina rostros y lugares borrosos, ahogados en el agua de lo que parece una pecera. Le duele el estómago. El autobús no se detendrá hasta dentro de seis horas. Otro más, uno transparente que ya no es imagen sino sonido: el hombre reconoce el ruido de la lluvia contra la tapa de la caja fúnebre. Suspira. Se deja hundir en el respaldo del asiento, en la baba espesa de la memoria.

Ahora tiene siete años. Camina hacia su casa. La brisa corre caliente y los granos de arena que levanta son agujas en la piel. A mediodía, la pequeña ciudad olvidada respira y exhala 37 grados de bostezos y noticieros a todo volumen. Todas las tiendas han cerrado las puertas.

Frente a su casa está la multitud que murmura y quiere entrar.

Un adulto, una sombra larga, se acerca y le cuenta que su padre acaba de morir, que puso la culata de la escopeta en el suelo, el cañón en el pecho y el dedo gordo del pie en el gatillo... Después vino el estruendo, le dice. Todos los televisores en la cuadra se apagaron a la vez. La descarga le vació la vida. Lo encontraron tendido, los dientes apretados, los ojos abiertos y arrepentidos, pero muertos.

No puede ver el cuerpo. Nadie lo deja entrar.

*

Entra en una sala repleta de pañuelos y ventiladores.

Camisa blanca y bermudas para el clima. Zapatos lustrados y un listón negro en el brazo.

Lloran a un muerto que no conocen. Una anciana se acerca al féretro, lo observa, arquea las cejas y abre la

boca. Golpea la caja rabiosamente y se desmaya. Su cuerpo al caer apenas consigue sacar a la gente del sopor, de esa tontería propiciada por la tristeza y la hipocresía.

La sala de velación es una pecera repleta de agua hirviendo. El sudor le fastidia en los ojos. Arden. El niño se diluye. El lugar se hace borroso.

Al otro lado de la sala, están los distinguidos, los que no lloran. Murmuran si el hombre estaba loco. O tan endeudado como para darse un tiro. Intenta acercarse al ataúd y alguien se interpone. Con la cabeza le hace un gesto: NO. Regresa a su asiento, pone las manos sobre las rodillas. Se limpia el sudor con un pañuelo sucio. Solo quiere mirar, constatar si es él en verdad, si es cierto lo que le contaron la mañana anterior, que papá había cerrado los ojos dejándolos abiertos. Arrepentidos.

*

Dejan la sala de velación. Los hombres y mujeres se asemejan a una maraña pegajosa de abanicos y quejas. Sobre la marcha, en un descuido, el niño se asoma al cristal de la urna. Ve el cuerpo, que lleva puesta una camisa azul a rayas. Se retira. Vuelve la mirada alrededor. La gente apresura el paso, el polvo de la calle se levanta y en el cielo las nubes sueltan cada tanto estruendos y gotas tan minúsculas que no alcanzan a tocar el suelo. A cada lado de la calle, los alumnos del instituto donde trabajaba el difunto sueltan un manojito de globos verdes y blancos que suben y suben... El sol los hace estallar apenas abandonan las sombras de los mangos.

Caminan.

Sobre el portón del cementerio la inscripción:

EXPECTAMUS RESURRECTIONEM
MORTUORUM. Ingresan.

Las mujeres cantan alabanzas.

38/39

*

La gente rodea la fosa. Mi hermano me alza sobre todos para el adiós. La tapa de la urna está abierta, es la ventana más triste del mundo. Frente a frente estamos papá y yo. Seco mi frente, mis párpados. La llovizna golpea el cristal del ataúd. Nos golpea a todos. Deseo hundir los dedos en mis ojos. Arrancarlos, ya no los quiero. Y papá abre los suyos, se lleva lentamente el dedo índice a la boca, advierte que no haga un escándalo. Sigo el juego. Su rostro pálido se sonroja, hace un gran esfuerzo para contener la risa. Allí está, ido, del otro lado del mundo, perfumado en aguardiente. Hace muecas, se despide con sus manos pálidas, grises. Volteo a ver a los demás. Estúpidos y ciegos en su teatro de dolor. Cae entonces la primera palada de arena; guiña el ojo derecho. Su boca cuarteada hace un has-ta-lue-go. El mismo gesto con el que me decía adiós cuando me dejaba todas las mañanas en la escuela.



LULABÍ



Busco el camino a casa.

Piso descalzo, voy sin camisa. El Sol ya está colgado en la mitad del cielo. Parece un charco inmenso. Serpientes blancas trazan espirales hasta diluirse. Un niño dice: “Mira, las nubes juegan a alcanzarse”. Dos serpientes por fin se tocan. Estallan y desaparecen.

Cada casa que dejo atrás es un día recuperado. Alguna cara familiar, pero innombrable emerge. En las ramas de los árboles cuelgan

adornos navideños hechos con las tapas de la leche instantánea. Las casas de mis amigos.

44/45 Las piedras bajo mis pies no lastiman ni el hambre en mi estómago.

Continúo.

Llego al final de la calle: es una ruta empinada y estrecha, que bordea un abismo.

Alzo el rostro. Delante de mí —con el vacío de por medio— está la montaña. Es pálida, extraña. La surcan caminos labrados por la lluvia.

Adivino en el tejido de esas líneas la cabeza de un elefante: las orejas grandes, marfiles largos. Pero el resto de la masa rocosa es el cuerpo de un animal indefinible. Puedo ver escamas armándose entre los árboles secos y caminos de polvo sin transitar.

Intento seguir mi camino. Mi casa está al final de la ruta. Pero el barro y los charcos borran la línea que venía siguiendo.

Recuerdo lo que mamá dice al ver en sueños barro y agua lodosa: “Es un mal agüero”. Retrocedo. Busco otro punto de paso. Miro de nuevo al animal dormido.

La tierra tiembla, el elefante abre los ojos. Levanta la trompa de roca y señala un desvío, detrás de las ramas secas y los portales de las casas derrumbadas. Ingreso. Detrás de los arbustos y las paredes me espera mi madre. Me dice que me apresure, que vamos tarde a la ceremonia de grado. Entro a la casa. Corro por pasillos familiares, busco mis zapatos y mi ropa, pero todo es pura pérdida.

Solo encuentro las invencibles camisas a cuadros y pantalones de niño. Los zapatos deportivos de suela gruesa. “En el otro cajón”, grita mamá. “Allí está el traje”. Es negro, de corbata también negra. Debajo hay un par de zapatos italianos.



Luego viene a revisarme. El nudo de la corbata está bien. La línea del trasero de mi pantalón está en su puesto.

46/247 Entonces aparece la señal dentro de sus ojos pardos. Empezamos a correr, no podemos perder tiempo. De la maleza sale un automóvil, que hemos llamado con la memoria. A toda velocidad llegamos a la ceremonia.

Esperamos a que pronuncien mi nombre. Ahí viene: “Óscar Humb...”. Subo a la tarima y espero el diploma. No lo encuentran. Aparece. No. Vacilan un momento: el cartón no está. En la confusión suelto palabrotas de varios calibres. Y cito a los cuatro vientos las ventajas de la planeación y la organización... Un momento, ha aparecido. Finalmente lo encuentran. Lo recibo de mala gana. Salgo del recinto, quejándome.

A la salida la llovizna empieza de nuevo. No había llovido antes aquí (yo había soñado o vivido días de incesante lluvia). Caminamos. Y no importa mojarnos. Tengo la costumbre de ir siempre al frente. Pero me detengo, luego de que los pasos de mamá se silencian.

Miro hacia atrás. Mamá se ha hecho al lado de la vía, sobre un andén. Me señala que el taxi ha llegado, que regrese. Mientras voy hacia ella, me doy cuenta de que una luz la cubre. Un aura blanca que impide que la lluvia la toque. Me mira y sonrío. Soy feliz.

Corro hacia ella. Me quito el traje. Los zapatos. La ropa interior. Y salto a sus brazos.

Me recibe. Me arrulla en sus brazos, que ahora están hechos a mi medida. Me cubre con una manta. Subimos al automóvil. Me duermo en su pecho. Luego despierto y lloro a cada tanto. Besa mis mejillas y canta una canción de cuna.

LA HOJA DE PAPEL



El escritor se sienta a la mesa y saca una hoja de papel. Sus ojos se clavan en el blanco de la hoja y, en un extremo, escribe el primer gorrión.

Luego escribe lo demás; no los escoge, de golpe están ahí, una línea de picos sobre los alambres de alta tensión: chirrean, picotean, espasmos hambrientos de plumas y aleteos. Piensa en cómo darles de comer. Inmediatamente busca pan y, con sumo cuidado, lo hace



migas con la punta gastada del lápiz, los gorriones descienden de los alambres a comer la nevisca que cae de más allá del cielo.

50/51

Es invierno en la ciudad de papel. Como lo ha previsto el escritor, los amantes se encontrarán en la fuente, a mediodía. Ella va escrita de gabardina y guantes (las migas de pan caen frías y suaves en invierno). Él, escritor de chaqueta y botas de obrero, va retrasado y es el primero en advertir el sabor a pan de la nieve.

Extrañado, mira al cielo.

Y más allá de los cables y nubes, advierte la línea de las cejas de un hombre. Piensa que el frío y el viento le resecan los ojos, y ve tonterías... se siente descubierto; retira el rostro un poco de la hoja. Velozmente escribe nubes oscuras en el cielo para ocultarse.

*

Culmina este episodio con preocupación. Decide usar máscara, escribir vestido de negro y apagar las luces de su alcoba. Que solo lo acompañe la luz fluorescente que viene del baño.

Y allá oscurece antes de tiempo. En las avenidas, los transeúntes se miran desconcertados; ahora hace más frío y la luz de lo que para ellos era el sol se torna azulosa y parpadeante. La ciudad decide reanudar la marcha, pero el repicar estrambótico de un teléfono suena en todas partes; los habitantes se miran espantados:

—Hola, Nora; estoy ocupado. Sí; todavía no termino. Creo que ya se dan cuenta; ¡Sí!, estoy durmiendo bien. ¡Que estoy durmiendo bien!, voy a colgar. No, no necesito los medicamentos. ¡Adiós! —Se oye en la ciudad un golpe sordo; luego, el pitido de colgado.



**

52/53 El escritor vuelve a su puesto de trabajo. Se sienta y deja ir medio cuerpo sobre la mesa, llorando; los transeúntes oyen los espasmos y prueban las gotas saladas de una ligera lluvia que no había sido prevista en las noticias de la mañana.

Los amantes se encuentran a la hora acordada. Deciden ignorar todo el alboroto. Para ese reencuentro, el escritor había imaginado un abrazo y un beso. Pero ahora cambia de opinión: no sabe qué escribir. Desde arriba, el sonido de la tos y las pausas, y nuevamente un llanto. El amante empieza a sentir que le aprieta el pecho, que su mano derecha se arruga; luego la mira a ella: un pliego la ha atravesado. Los gorriones levantan el vuelo, buscando el cielo.

El escritor se levanta de la mesa, prende la luz. Ve una bandada de gorriones que sale de la hoja. Allá, en las avenidas, la gente se dobla, la nieve de pan deja de caer. Ahora ven la mano gigante que destruye las cosas y las calles. Llueve desde arriba, no de las nubes, sino desde más arriba. Y el escritor ve cómo escapa el último gorrión antes de que termine de arrugar la bola de papel que va a dar al cesto de basura. El escritor termina fatigado, tiene la cara y los dedos sucios de grafito. Deja el lápiz a un lado. Cuenta los gorriones que ya están picoteando sobre la mesa.

Suena el timbre. Sabe que es Nora.

No va abrir la puerta.

NOSOTROS, LOS OTROS



Donde una vez tus verdes
nudos hundieron su atadura
en el cordón de la marea, allí
camina ahora
el vegetal destejedor,
con tijeras filosas,
empuñando el cuchillo
para cortar los canales en su
origen
y derribar los frutos
empapados
Dylan Thomas

Primero fue el sonido. El oleaje sereno y el trueno.

Mis ojos eran dos lotos sobre la corriente. Se abrían a
la noche espléndida.

El río y yo.

Busqué en el cielo y las estrellas se extinguieron
conforme las perseguía. La corriente se ovillaba en



remolinos densos. Atrapado en uno de ellos, di con los otros, las sombras. Palpé los rostros secretos; contra mi cuerpo sin forma, se estrellaron sus alientos viejos y saliva.

El río y ellos...

La muerte de Chike

Detrás de las dunas, el Astro era una garganta de fuego. *Éramos treinta, y caminábamos en formación, de a dos filas, cada una de quince hombres. Las cadenas lastimaban la piel. Yo había conseguido soltar un grillete, estaba a punto de caer el otro. Ninguno de los otros se había dado cuenta, ni el pretor que marchaba detrás de mí, un poco al lado izquierdo. Giré. Di un paso al costado, para situar a los soldados y lanzarme a rodar por la arena, duna abajo. Pero ya estaban sobre mí: la espada en las entrañas, el reflejo del día en los ojos de mi asesino y la hoja del metal. Rodé sobre la arena. La luz del Astro cesó, ahora solo está el sonido del agua. Arriba, el cielo negro. ¿Escuchas mi voz en círculos y ceniza mientras todos giramos?*

Y vino el relámpago.

Se hizo la breve luz.

Apareció la voz que narraba sobre las aguas, y mis ojos cerrados, y la boca del que hablaba parecía un animal vivo...

...La oscuridad de nuevo... La sombra de Chike abandonó el remolino.

Desde el fondo, un cosquillear de burbujas emergió como el llanto de un pequeño. Giré mi masa, hundí mis ojos en el flujo y sentí ascender la burbuja más grande; era la historia de la cometa del huérfano...



La cometa de Cho

58/59

Sobre el jardín y el estanque de peces, la sombra del vuelo oscilaba. Zi Mei sostenía al niño por la espalda, sus manos sobre las suyas, ambos dejando ir la cuerda lentamente. Los ojos heridos de Cho apenas se abrían, pegados al pez de papel en el cielo. Boquiabierto, un hilo de saliva escurría de su boca: podía hacer volar. Quiso ser mago. O pintor, acaso el mismo arte. La alegría borraba de sus recuerdos el olor a muerte, el aroma del humo y el fuego, las hordas. Olvidó. De vez en cuando giró el rostro para mirarla. Se sintió seguro, se dejó hundir en los brazos de la mujer que le había salvado la vida. Y miraba al cielo y la veía a ella: dentro de sus ojos, él era la cometa en forma de pez. Zi Mei olía a duraznos, a jardines, a agua de lluvia. Y los peces en el estanque se batían contra la sombra de la cometa, que esquivaba sus enviones, los rodeaba y empezaba el contraataque.

Emergí.

La danza de relámpagos ya se había puesto lejos, en el horizonte.

Todavía algunas luces revelaban rostros atemporales y a los dueños de las voces. En ellos estoy multiplicado.

Las diez mil veces que me he repetido en la corriente de este río...

Un joven llora, ha perdido a su padre en la Gran Guerra...

La queja de la trinchera



Olvidé mis juegos. Y a Madre y a mi pequeño ángel. Bélgica me ha obligado a envejecer en tres meses. A ser un hombre de mentira, un niño rencoroso. Se robaron a papá. Y tuve que salir a buscarlo. Al menos, regresar al puerto con su reloj pulsera. De día soy un hombre, he matado hombres; pero de noche lloro y mojo la cama (orino y defeco en la trinchera: mi cama, mi sala, mi cocina). Papá, ¿no sería más sencillo si aparecieras para decirme que no te busque, que olvide y que regrese a la fábrica? Silencio. Ahora la nieve entra por las botas. Ahora que lloro y soy arrastrado por este río, en la muda compañía de los que he sido...

*

—¿Quiénes son? —preguntó el escritor, apretándose el pecho.

Sin darse cuenta, evitaba que se le desparramaran sobre las manos temblorosas y vacías las vidas de nosotros, los otros.

ENTRE LETRAS - n.º 4 /

Todos los que vivimos en esta casa

ISBN: 978-958-739-119-0 (Impreso)

ISBN: 978-958-739-120-6 (Digital)

DIRECCIÓN EDITORIAL /

Ana María Orjuela Acosta

CORRECCIÓN DE ESTILO /

Leidy De Ávila Castro

DIRECCIÓN GRÁFICA Y DISEÑO /

Miller Alejandro Gallego C.

PRÓLOGO /

Andrés Vélez Cuervo

CUENTOS /

Óscar Humberto Mejía Blanco

ILUSTRACIONES /

Pablo Villafrade

IMPRESIÓN /

AFÁN GRÁFICO

Bogotá, D. C., Colombia

Febrero de 2018

Vicerrectoría de Investigaciones /

Universidad El Bosque /

Editorial Universidad El Bosque /

ISBN: 978-958-739-119-0

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial en cualquier medio sin permiso escrito de los autores de cada una de las imágenes y textos aquí presentados. Publicación sin valor comercial.



Entre letras es una publicación semestral de la Editorial Universidad El Bosque que busca poner al alcance de la comunidad universitaria ensayos, cuentos, poesías y crónicas de autores nacionales y universales reconocidos por su calidad literaria. *Entre letras* tiene como propósito fomentar el gusto por la literatura en la Universidad, se publica en formato de cuadernillo con ilustraciones, y es de distribución interna y gratuita, para uso del personal de la Institución. Prohibida su venta.

[E N T R A S E]
LETRAS

Todos los que vivimos en esta casa
fue editado y publicado por la Editorial Universidad El Bosque.
Febrero de 2018,
Bogotá, D. C., Colombia